

Un cuento de: *Nadie que me comprenda* de Patricia Carrillo Collard

Las chamacas y el chamuco

El Parque Zaragoza está vacío. Camino con paso lento hacia mi banca preferida y me siento. A la sombra de un árbol de hule, contemplo los carros que pasan por la 5 de Mayo. Recuerdo cuando paseaba por el centro de Mazatlán con mi traje de lino, la leontina sujeta a una presilla del pantalón y el reloj en el bolsillo. La imagen me hace sonreír y así me encuentra Gustavo.

—¿De qué te ríes, Guillermo? —pregunta, doblando con lentitud su cuerpo para sentarse a mi lado.

—Pensaba cómo vestía en mis tiempos. ¡Qué tiempos!

—¡Tenías buen porte! —entona mi amigo con la barbilla apoyada en el mango de su bastón—. Me acuerdo de ti con ese sombrero que usabas, siempre de lado, y fumando tus Lucky Strike.

—Sí, el sombrero les gustaba mucho a las señoras —añado con un suspiro. Nos quedamos mirando nuestros recuerdos, absortos en una realidad que ya no existe.

—¿Te acuerdas, Guillermo, de aquel Pontiac Bonneville rojo que tenías en los años cincuenta? —pregunta Gustavo, rompiendo el silencio.

—¡Claro! ¿Cómo olvidarlo? Ese carro me lo regaló el diablo.

—¿El Diablo Osuna? ¿El que vivía por la Juan Carrasco? —exclama, abriendo mucho los ojos.

—No, hombre, el diablo... el chamuco.

—¡Ay, Guillermo! ¡Tú siempre tan embustero! —descarta mi comentario y se vuelve hacia el otro lado del parque.

—Ora verás cómo sucedió —insisto, decidido a contar la historia. Espero a que enfoque su mirada en mí. Sé que no tiene nada que hacer, más que escucharme—. Paseaba por Las Olas, una de esas tardes en que a las muchachas se les mueven las enaguas con la brisa y les ondean los cabellos. De repente, oí que me llamaban:

“—Guillermo, ¡ey, Guillermo!

“Como no vi a nadie, seguí caminando, pero cuando llegué a la altura de la Cueva del Diablo escuché la misma voz, que decía:

“—Guillermo, ¿pasas de largo sin saludarme?

“Vi una sombra a la entrada de la cueva y me acerqué. Ahí estaba el demonio, con los ojos rojos y la brasa de un cigarro brillando en la penum-

Patricia Carrillo Collard
Escritora mexicana nacida
en Mazatlán, Sinaloa.
Ha publicado los libros
infantiles *Encrucijada*,
Aventuras de una nube
y *Unos papás de verdad*,
entre otros. Su libro de
cuentos *Nadie que me
comprenda* ganó el Premio
Nacional de Literatura
“Gilberto Owen” 2015. Vive
en Guadalajara.

patriciac17@gmail.com

bra. Disimulé mi sorpresa y le pregunté qué deseaba.

“—No se trata de lo que yo quiera —me contestó—, sino de lo que tú quieras, Guillermo. Te he visto muy solo desde que murió tu mujer y me preocupa que tomes una decisión equivocada —dijo, dándole una larga chupada al cigarro.

“—¿De qué decisión hablas? —pregunté, confundido por sus palabras.

“—He oído que estás pensando en casarte, ¿es eso cierto? —me cuestionó.

“Asentí, rascándome la cabeza, tratando de entender qué interés tendría el maligno en mi vida.

“—Guillermo, tú no eres hombre para una sola mujer —me contestó Lucifer—. ¿Para qué te empeñas en hacer infeliz a una, cuando puedes hacer felices a muchas?

“Comprendí entonces que el diablo conocía mis flaquezas y venía decidido a retarme.

“—¿Y cómo puedo hacer eso en un lugar como Mazatlán, donde todo se sabe? —inquirí, esperando que se explayara. Pero Satanás tenía ya un plan trazado.

“—No nos hagamos tontos, Guillermo. Aún eres joven. Sabes tratar a las mujeres. Eres simpático y galán. ¡Las mismas madres solaparán a sus hijas para que salgan contigo! —afirmó, con voz socarrona.

“—No sé. Yo pensaría que, con mi edad, algún incentivo necesitarán las muchachitas —le contesté.

“—¡Pero hombre, Guillermo! Yo te ofrezco mujeres y tú te pones rejego —exclamó, sobándose la piocha con impaciencia—. Mira, hagamos un trato. Mañana por la mañana tendrás un carro nuevo. Ya verás que las chamacas hacen fila para pasear contigo. ¡Solitas se subirán al auto! —aseveró, llevándose de nuevo el cigarro a la boca y avivando la brasa—. Te garantizo que podrás disfrutar a las muchachas que quieras.

“—¿Y qué me pedirás a cambio? —le pregunté, oliendo su truco.

“—Que cuando te petatees, te pongas a mi servicio —me contestó el descarado. La oferta me pareció tentadora, así que acepté, poniendo una condición. Cerramos el trato con un apretón de manos que me dejó la palma derecha oliendo a azufre. A la mañana siguiente des-

perté y pensé que había soñado todo aquello. Estaba a medio café con leche cuando sonó el teléfono.

“—Don Guillermo, ¡ya tenemos aquí el carro que usted encargó! —me dijo, animado, un hombre al otro lado de la línea.

“—¿Cuál carro? —pregunté.

“—¡Cómo cuál! —exclamó, nervioso. Luego se aclaró la voz—: el Pontiac Bonneville convertible.

“Percibí un leve olor a azufre y escuché el eco de las palabras “un carro nuevo...”, “solitas se subirán”.

“—¡Ah, ese carro! —contesté—. Ahora mismo voy a recogerlo.

—¿Y qué pasó cuando llegaste a la distribuidora? —me interpela Gustavo, atrapado en la historia.

—Me estaban esperando para entregarme el Pontiac, con los papeles a mi nombre.

—¡Ay, Guillermo! —exclama mi amigo, con el asombro y la duda asomándosele por los ojos. Hace una pausa y reconsidera—. Con razón a todos nos extrañó que, de la noche a la mañana, dejaras de andar a pie y empezaras a manejar ese Pontiac rojo.

Compartimos la banca y el silencio que los chanates rompen con sus gritos. Gustavo me pregunta:

—¿Y para qué te metiste en esos líos si a ti siempre te siguieron las chamacas?

—Pues sí, ¡pero el carrito no me cayó nada mal!

—¿Y no te da miedo, a estas alturas, tener esas deudas con el demonio?

—Si yo ya no tengo ninguna deuda —le contesto tranquilo—. ¿Te acuerdas que puse una condición?

Gustavo entorna los ojos, rastreando mis palabras en su corta memoria.

—Algo mencionaste...

—Le dije al chamuco que sólo le entraría si me garantizaba que el amor de mi vida estaría entre esas muchachas.

—¡No me digas que así te zafaste de cumplir el trato! —exclama—. ¿Y qué pasó?

—Que después de mi mujer, mi hija ha sido mi único amor. Las demás mujeres fueron nada más un vicio, como el cigarro.